

Fred Vargas

Tiempos de hielo

Traducción del francés de
Anne-Hélène Suárez Girard

 **Siruela**

Nuevos Tiempos / Policiaca

I

Ya solo quedaban veinte metros, veinte pequeños metros por recorrer para llegar al buzón; resultaba más difícil de lo previsto. Es ridículo, pensó, no existen metros pequeños o metros grandes. Hay metros y punto. Es curioso cómo a las puertas de la muerte, desde esa posición eminente, seguimos pensando en fútiles bobadas, cuando se supone que uno va a enunciar alguna fórmula de importancia, de las que quedarán inscritas con hierro candente en los anales de la sabiduría humana. De las que se divulgarán luego por doquier: «¿Sabe usted cuáles fueron las últimas palabras de Alice Gauthier?».

Aunque no tenía nada memorable que declarar, sí tenía un mensaje decisivo que transmitir, uno que se inscribiría en los anales de la infamia humana, infinitamente más vastos que los de la sabiduría. Miró la carta que temblaba en su mano.

Vamos, dieciséis pequeños metros. Desde el portal de su edificio la vigilaba Noémie, lista para intervenir a la primera vacilación. Noémie lo había intentado todo para impedir que su paciente se aventurara sola por la calle, pero el muy imperioso carácter de Alice Gauthier la había vencido.

—Ya. ¿Para que lea usted la dirección por encima de mi hombro? Noémie se había sentido ofendida, ese no era su estilo.

—Es el estilo de todo el mundo, Noémie. Un amigo mío (un viejo truhán, por lo demás) me decía siempre: «Si quieres guardar un secreto, guárdalo». Yo he guardado uno durante mucho tiempo, pero me estorbaría para subir al cielo. Y eso que, aun así, tampoco es que tenga el cielo ganado, que digamos. Quítese de en medio, Noémie, y déjeme ir.

Date prisa, Alice, o Noémie vendrá corriendo, demonios. Apoyada en su andador, logró desplazarse nueve metros, al menos ocho metros largos. Pasar la farmacia, luego la lavandería, luego el banco

y ya habría llegado al pequeño buzón amarillo. Cuando comenzaba a sonreír por la inminencia de su éxito, se le nubló la vista y se soltó, derrumbándose a los pies de una mujer de rojo, que la recibió en sus brazos con un grito. El contenido de su bolso se desparramó por el suelo, la carta se le escapó de la mano.

La farmacéutica acudió, preguntando, palpando, afanándose, mientras la mujer de rojo guardaba dentro del bolso de mano los objetos esparcidos y lo depositaba a su lado. Su efímero papel tocaba a su fin, los servicios de emergencia estaban en camino, ya no le quedaba nada que hacer allí, se levantó y retrocedió. Le habría gustado resultar útil todavía, permanecer un poco más en la escena del accidente, al menos dar su nombre a los bomberos que llegaban en tropel, pero no, la farmacéutica había asumido el mando de las operaciones con la ayuda de una mujer presa del pánico que afirmaba ser su enfermera: gritaba, lloraba un poco, la señora Gauthier se había negado en rotundo a que la acompañara, vivía a tiro de piedra, en el 33 bis, ella no había cometido ninguna negligencia. Estaban cargando a la mujer en una camilla. Vamos, hija, esto ya no es asunto tuyo.

Bueno, sí, pensó al reanudar su camino. En realidad ella sí había hecho algo. Al sujetar a la mujer en su caída, había evitado que se golpeará la cabeza contra la acera. Puede que le hubiera salvado la vida, ¿quién podría decir lo contrario?

Primeros días de abril; el tiempo en París iba suavizándose, pero el fondo del aire era frío. El fondo del aire. Si realmente había un fondo del aire, ¿cómo se llamaba el resto? ¿La parte superior del aire? Marie-France frunció el ceño, irritada por las pequeñas cuestiones que pasaban por su cabeza como moscas ociosas. Precisamente cuando ella acababa de salvar una vida. ¿O se decía la superficie del aire? Se colocó bien el abrigo rojo y hundió sus manos en los bolsillos. A la derecha, sus llaves, su monedero, pero a la izquierda, un papel grueso que ella nunca había metido allí. El bolsillo izquierdo estaba reservado al abono de transporte y a los cuarenta y ocho céntimos del pan. Se detuvo a los pies de un árbol para reflexionar. Tenía en la mano la carta de la pobre mujer que se había caído. «Da siete vueltas a lo que piensas antes de actuar», le repetía su padre, que por lo demás no había actuado nunca en su vida. Sin duda, el hombre no pasaba de dar cuatro vueltas a lo que pensaba. La letra del sobre era trémula y el nombre en el dorso, Alice Gauthier, aparecía en grandes caracteres borrosos. Sí, era su carta. Había vuelto

a poner todas las cosas en el bolso, y con las prisas por recoger los papeles, la cartera, los medicamentos y pañuelos antes de que el viento hiciera de las suyas, se había metido el correo en el bolsillo. El sobre había caído al otro lado del bolso, la mujer debía de llevarlo en la mano izquierda. Por eso había salido ella sola, pensó Marie-France: para echar una carta al buzón.

¿Devolvérsela? Pero ¿dónde? La habían llevado a Urgencias, a saber de qué hospital. ¿Dársela a la enfermera en el 33 bis? Ándate con ojo, Marie-France, ándate con ojo. Da siete vueltas a lo que piensas antes de hacer nada. Si la señora Gauthier había desafiado el peligro para ir sola a echar su carta al buzón, es porque no quería que cayera de ninguna manera en manos ajenas. Da siete vueltas a lo que piensas, pero no diez, ni veinte, añadía su padre, de lo contrario lo que piensas se desgasta y ya no sale nada de ello. No será que no conocemos gente que se haya quedado así, rumiando sin parar toda la vida, es triste, mira tu tío.

No, a la enfermera, no. Si la señora Gauthier había salido sin ella de expedición, por algo sería. Marie-France miró a su alrededor para ver si había un buzón. Allí, ese pequeño rectángulo amarillo, al otro lado de la plaza. Marie-France alisó la carta sobre su pierna. Tenía una misión, había salvado a la mujer y salvaría la carta. Las cartas están para mandarlas, ¿no? Por lo tanto, no hacía ningún mal, todo lo contrario.

Deslizó el sobre por la rendija reservada a «Otros destinos», después de haberse cerciorado varias veces de que realmente se trataba del departamento 78, Yvelines. Siete veces, Marie-France, no veinte, de lo contrario el correo no sale nunca. Luego deslizó sus dedos en la ranura del buzón para asegurarse de que la carta había caído realmente dentro. Hecho. Última recogida a las seis de la tarde, hoy era viernes, el destinatario la recibiría el lunes a primera hora.

Que pases buen día, hija, muy buen día.

II

Reunido con sus oficiales, el comisario Bourlin, del distrito 15 de París, se mordisqueaba las mejillas por dentro, indeciso, con las manos apoyadas en su voluminoso vientre. Había sido buen mozo, según lo recordaban los mayores, antes de que la grasa lo invadiera en unos pocos años. Pero todavía poseía prestancia; prueba de ello era la respetuosa atención con que lo escuchaban sus subordinados. Incluso cuando se sonaba ruidosamente, casi con ostentación, como acababa de hacer. Catarro primaveral, había justificado. No se diferenciaba en nada de un catarro de otoño o de invierno, pero tenía cierto toque más etéreo, menos común, en cierto modo más alegre.

—Tenemos que archivar el caso, comisario —dijo Feuillère, el más febril de sus tenientes, resumiendo la opinión general—. Esta noche hará seis días que murió Alice Gauthier. Es un suicidio, no cabe duda.

—No me gustan los suicidios sin carta.

—El joven de la calle Convention, hace dos meses, no dejó nada —objetó un cabo, casi tan corpulento como el comisario.

—Pero estaba borracho como una cuba, solo y sin blanca, no tiene nada que ver. Aquí tenemos a una mujer con una vida normal y corriente, profesora de matemáticas jubilada, una existencia ordenada, lo hemos examinado todo al detalle. Y tampoco me gustan los suicidas que se lavan el pelo por la mañana y se echan perfume.

—Precisamente —dijo una voz—. Si uno va a morir, al menos que esté guapo.

—O sea, ¿que, al atardecer —dice el comisario—, Alice Gauthier, perfumada y vestida con traje sastre, llena la bañera, se quita los zapatos y se mete en el agua completamente vestida para cortarse las venas?

Bourlin cogió un cigarrillo, es decir dos, ya que sus dedos gruesos le impedían sacar solo uno. Por eso siempre había cigarrillos sueltos cerca de sus paquetes. Tampoco utilizaba mechero, debido a la inasible rueda de encendido, sino una gran caja de cerillas, formato chimenea, que le abultaba en el bolsillo. El comisario había decretado que aquella sala era apta para fumadores. La prohibición de fumar lo sacaba de sus casillas: y pensar que se vertían sobre los seres —y digo bien, los seres, todos los seres— treinta y seis mil millones de toneladas de CO₂ por año. Treinta y seis mil millones, recalca. ¿Y no se puede encender un miserable pitillo en un andén de la estación al aire libre?

—Comisario, esa mujer estaba a punto de morir y lo sabía —insistió Feuillère—. Su enfermera nos lo ha dicho: había intentado echar una carta al buzón el viernes pasado, con toda su soberbia, su voluntad de hierro, pero no lo había logrado. Resultado: cinco días después, se abre las venas en la bañera.

—Una carta que quizá contenía su mensaje de adiós. Lo cual explicaría que no haya ninguna en su domicilio.

—O sus últimas voluntades.

—¿Para quién? —interrumpió el comisario aspirando una larga bocanada—. No tiene herederos y dispone de pocos ahorros en el banco. Su notario no ha recibido ningún testamento nuevo, sus veinte mil euros van a la protección del oso polar. Y, a pesar de la pérdida de esta carta esencial, ¿se mata en lugar de volverla a escribir?

—Porque el chico fue a visitarla, comisario —replicó Feuillère—. El lunes y luego el martes, el vecino está seguro. Lo oyó llamar al timbre, decir que venía por la cita. A la hora en que está sola todos los días, entre las siete y las ocho de la tarde. Por lo tanto, es ella quien lo citó. Le habrá confiado sus últimas voluntades; en cuyo caso, la carta era inútil.

—Un chico desconocido que se ha esfumado. En el entierro, solo había primos mayores. Ningún chico. ¿Y bien? ¿Dónde se ha metido? Si la mujer tenía suficiente confianza con él para convocarlo urgentemente, es que era un pariente o un amigo. Y de ser así, habría ido al entierro. Pero no, se ha desvanecido en el aire. Un aire saturado de dióxido de carbono, les recuerdo. Por cierto, el vecino escuchó cómo se anunciaba al otro lado de la puerta. ¿Con qué nombre?

—No lo oyó muy bien. André o Dédé, no sabe.

—André es nombre de viejo. ¿Por qué dice que era un hombre joven?

—Por la voz.

—Comisario —intervino otro teniente—, el juez exige dar carpetazo. No hemos avanzado nada en el caso del alumno de instituto cosido a cuchilladas ni en el de la mujer agredida en el aparcamiento de Vaugirard.

—Lo sé —dijo el comisario cogiendo el segundo cigarrillo suelto junto al paquete—. Conversé con él anoche. Si es que se puede llamar a eso conversar. Suicidio, suicidio, hay que dar carpetazo y seguir adelante, aunque sea enterrando los hechos, ciertamente ínfimos, y pisándolos como dientes de león.

Los dientes de león son los parientes pobres de la sociedad floral, nadie los respeta, se los pisotea, se los dan de comer a los conejos. En cambio, a nadie se le pasaría por la cabeza pisar una rosa. Menos aún dársela de comer a los conejos. Hubo un silencio durante el que cada cual se debatía entre la impaciencia del nuevo juez y el humor negativo del comisario.

—Doy carpetazo —anunció Bourlin suspirando, como vencido físicamente—. Con la condición de que intentemos una vez más esclarecer qué es el signo que dibujó al lado de la bañera. Muy claro, muy firme, pero incomprensible. Ese es su último mensaje.

—Pero indescifrable.

—Llamaré a Danglard. Puede que él pueda descifrarlo.

Sin embargo, pensó Bourlin siguiendo el curso de su pensamiento, los dientes de león son duros y resistentes, mientras que la rosa es delicada y enclenque.

—¿Al comandante Adrien Danglard? —intervino un cabo—. ¿De la Brigada Criminal de París 13?

—El mismo. Sabe cosas que vosotros no aprenderíais ni en treinta vidas.

—Pero detrás de él está el comisario Adamsberg —murmuró el cabo.

—¿Y? —dijo Bourlin levantándose casi majestuosamente, con los puños en la mesa.

—Y nada, comisario.

III

Adamsberg cogió el teléfono, apartó una pila de dosieres y apoyó los pies en la mesa, reclinándose en el sillón. Apenas había dormido esa noche; una de sus hermanas había contraído una pulmonía, Dios sabe cómo.

—¿La mujer del 33 bis? —preguntó—. ¿Venas abiertas en la bañera? Y ¿por qué me jodes con esto a las nueve de la mañana, Bourlin? Según los informes internos, se trata de un suicidio probado. ¿Tienes dudas?

Adamsberg tenía aprecio al comisario Bourlin. Gran comilón gran fumador gran bebedor, en erupción perpetua, viviendo a toda máquina, siempre al borde del abismo, duro como una piedra, y rizado como un corderito, era un resistente digno de respeto que a los cien años seguiría al pie del cañón.

—El juez Vermillon, el nuevo y diligente magistrado, se me ha pegado como una garrapata —dijo Bourlin—. ¿Sabes lo que hacen las garrapatas?

—Sí, lo sé perfectamente. Si te encuentras un lunar con patas, es que es una garrapata.

—¿Y qué hago?

—Te la arrancas girándola con una minipalanca. No me digas que me llamas para eso.

—No, es por el juez, que no es otra cosa que una enorme garrapata.

—¿Quieres que lo arranquemos juntos con una enorme palanca?

—Quiere que archive el caso, y yo no quiero archivarlo.

—¿Tus motivos?

—La suicida, perfumada y con el pelo lavado esa misma mañana, no dejó carta.

Con los ojos cerrados, Adamsberg dejó que Bourlin le devanara la historia.

—¿Un signo incomprensible? ¿Cerca de la bañera? ¿Y en qué quieres que te ayude?

—Tú, en nada. Quiero que me mandes la cabeza de Danglard para que lo vea. Puede que él sepa descifrarlo, no se me ocurre nadie más. Al menos, me quedaré con la conciencia tranquila.

—¿Solo su cabeza? ¿Y qué hago con su cuerpo?

—Haz que el cuerpo la siga como pueda.

—Danglard no ha llegado todavía. Ya sabes que tiene sus horarios, según los días. Es decir, según las noches.

—Sácalo de la cama, os espero allí a los dos. Una cosa, Adamsberg, el cabo que me acompañará es un joven panoli. Tiene que adquirir pátina.

Instalado en el viejo sofá de Danglard, Adamsberg sorbía un café bien cargado mientras esperaba que el comandante acabara de vestirse. Le había parecido que la solución más rápida era ir a su casa a sacarlo de la cama y meterlo directamente en su coche.

—Ni siquiera tengo tiempo de afeitarme —gruñó Danglard, inclinando su blando corpachón para mirarse en el espejo.

—No siempre llega afeitado al despacho.

—El caso es diferente. Me esperan en calidad de experto. Y un experto se afeita.

Adamsberg inventariaba sin querer las dos botellas de vino en la mesita baja, el vaso caído en el suelo, la alfombra todavía húmeda. El vino blanco no mancha. Danglard había debido dormirse directamente en el sofá, sin preocuparse esta vez de la escrupulosa mirada de sus cinco hijos a quienes criaba como perlas de cultivo. Los gemelos habían volado a un campus universitario y ese vacío familiar no mejoraba las cosas. Pero quedaba el pequeño, el de los ojos azules, el que no era de Danglard y que su mujer le había dejado siendo un bebé cuando se largó, sin mirar atrás siquiera, por el pasillo, como ya había contado cien veces. El año pasado, aun a riesgo de romper con Danglard, Adamsberg había asumido el papel de torturador al llevarlo a rastras al médico, y el comandante había esperado el resultado de los análisis como un zombi ebrio. Análisis que se habían revelado irreprochables. Hay tipos especialistas en librarse por los pelos, nunca mejor dicho, y no era esta la menor de las cualidades del comandante Danglard.

—¿Me esperan para qué, exactamente? —preguntó Danglard ajustándose los gemelos—. ¿De qué se trata? De un jeroglífico, ¿es eso?

—Del último dibujo de una suicida. Un signo indescifrable. El comisario Bourlin está muy fastidiado, quiere entenderlo antes de archivar el caso. Tiene al juez encima como una garrapata. Una garrapata muy gorda. Solo tenemos unas horas.

—Ah, es Bourlin —dijo Danglard relajándose, al tiempo que se alisaba la chaqueta—. ¿Teme un ataque de nervios del nuevo juez?

—Como buena garrapata, teme que le escupa su veneno.

—Como buena garrapata, teme que le inyecte el contenido de sus glándulas salivares —lo corrigió Danglard ajustándose la corbata—. Nada que ver con una serpiente o una pulga. La garrapata, por lo demás, no es un insecto, es un arácnido.

—Eso es. Y ¿qué piensa usted del contenido de las glándulas salivares del juez Vermillon?

—Francamente, nada bueno. Dicho esto, no soy experto en signos abstrusos. Soy hijo de mineros del norte —recordó el comandante con orgullo—. Solo sé alguna cosilla suelta.

—Y sin embargo, lo espera. Para su conciencia.

—No cabe duda de que, para una vez que voy a servir de conciencia, no puedo perdérmelo.

IV

Danglard estaba sentado en el borde de la bañera azul, la misma en la que Alice Gauthier se había cortado las venas. Observaba el lateral blanco del tocador, donde la mujer había dejado esa inscripción trazada con perfilador. Adamsberg, Bourlin y el cabo esperaban callados en el pequeño cuarto de baño.

—Hablad, moveos, me cago en la mar, no soy el oráculo de Delfos —exclamó Danglard, contrariado por no haber descifrado el signo enseguida—. Cabo, tenga la bondad de hacerme un café; me han sacado de la cama.

—¿De la cama o de un bar de madrugada? —murmuró el cabo dirigiéndose a Bourlin.

—Tengo buen oído —dijo Danglard, sentado con elegancia en el borde de la vieja bañera, sin desviar la vista del motivo dibujado—. No he pedido comentarios, solo un café, con amabilidad.

—Un café —confirmó Bourlin agarrando al cabo por el brazo, que le cabía ampliamente en su gruesa mano.

Danglard sacó una libreta abarquillada del bolsillo trasero y copió el dibujo: una H mayúscula, pero cuya barra central era oblicua. Y un trazo cóncavo cruzado por la barra.



—¿Alguna relación con sus iniciales? —preguntó Danglard.

—Se llamaba Alice Gauthier, de soltera Vermond. Pero sus otros dos nombres son Clarisse y Henriette. H de Henriette.

—No —dijo Danglard sacudiendo sus flácidas mejillas sombreadas por el gris de la barba—. No es una H. La barra es claramente oblicua, asciende con firmeza hacia arriba. Y no es una firma. Una firma termina siempre mutando, absorbe la personalidad del autor, se inclina, se deforma, se contrae. Nada que corresponda a la rectitud de esta letra. Es la reproducción fiel, casi escolar, de un signo, de una sigla, y muy rara vez trazada. La habrá escrito una vez, o cinco todo lo más. Porque es un trabajo de colegial estudioso y aplicado.

El cabo, desafiante, volvió con el café y dejó el vaso de plástico, ardiendo, en la mano de Danglard.

—Gracias —masculló el comandante sin inmutarse—. Si se suicidó, señala a los que la llevaron a hacerlo. Pero, en ese caso, ¿por qué encriptar el signo? ¿Por miedo? ¿Para quién? ¿Para sus allegados? La mujer invita a investigar, pero sin llegar a traicionar. Si la han matado (y ¿eso es lo que le preocupa, Bourlin?), sin duda señala a sus atacantes. Pero, una vez más, ¿por qué no hacerlo con claridad?

—Será un suicidio seguramente —gruñó Bourlin, descompuesto.

—¿Puedo? —dijo Adamsberg, apoyado en la pared y sacando a propósito un cigarrillo cochambroso de su chaqueta.

Una palabra mágica para el comisario Bourlin, que respondió frotando una cerilla enorme y se encendió otro a su vez. El cabo salió malhumorado del diminuto cuarto de baño, súbitamente lleno de humo, y se apostó en la puerta.

—¿Profesión? —preguntó Danglard.

—Profesora de matemáticas.

—Tampoco sirve. No es un signo matemático ni de física. Ni un signo del zodiaco ni un jeroglífico. Tampoco de masones ni de secta satánica. Nada de todo eso.

Murmuró un poco, contrariado, concentrado.

—A menos —continuó diciendo— que se trate de una letra en nórdico antiguo, de una runa, o incluso de un carácter japonés o chino. Son escrituras que tienen esta especie de H con barra oblicua. Pero no presentan el trazo cóncavo debajo. Ahí está el quid de la cuestión. Nos queda la hipótesis de una letra en cirílico, pero mal hecha.

—¿Cirílico? ¿Estamos hablando del alfabeto ruso? —preguntó Bourlin.

—Ruso, pero también búlgaro, serbio, macedonio, ucraniano; tiene un uso muy extendido.

Con una mirada, Adamsberg cortó en seco el discurso erudito que el comandante se disponía a hacer —lo notaba— sobre la escritura cirílica. Y en efecto, Danglard se obligó, muy a su pesar, a abandonar la historia de los discípulos de san Cirilo que habían creado el alfabeto.

—Existe en cirílico una letra Ы, que no hay que confundir con la И —explicó, dibujando en su libreta—. Veis que esta letra lleva un signo cóncavo en la parte de arriba, como una pequeña cúpula. Se pronuncia más o menos «oi» o «ai», según el contexto.

Danglard percibió otra mirada de Adamsberg, que bloqueó su discurso.

—Suponiendo —prosiguió— que a la mujer le haya costado trazar este signo, teniendo en cuenta la distancia entre la bañera y el lateral del mueble, que la obligaba a alargar el brazo, habría podido situar mal la cúpula y ponerla en el centro, en lugar de arriba. Pero si no me equivoco, esta Ы no se utiliza como inicial de la palabra, sino como final. Nunca he oído hablar de una abreviatura que utilice un final de palabra. Busquen de todos modos si figuraba en su lista de llamadas o en su libreta de direcciones una persona susceptible de utilizar el alfabeto cirílico.

—Sería una pérdida de tiempo —objetó suavemente Adamsberg.

Si Adamsberg había hablado con suavidad, no era para evitar ofender a Danglard. Salvo en contadas ocasiones, el comisario nunca alzaba el tono y se tomaba su tiempo para hablar, aun a riesgo de dormir a su interlocutor con su voz en modo menor, vagamente hipnótica para algunos, atractiva para otros. Los resultados diferían entre un interrogatorio llevado por el comisario o por uno de sus oficiales, ya que Adamsberg obtenía o bien somnolencia, o bien un flujo repentino de confesiones, como se atraen clavos reacios con un imán. El comisario no le daba importancia, y admitía que, a veces, él mismo podía quedarse dormido sin darse cuenta.

—¿Una pérdida de tiempo? ¿Qué quiere decir con eso?

—Sí, Danglard. Más vale averiguar primero si el trazo cóncavo fue dibujado antes o después de la barra oblicua. Lo mismo para los dos trazos verticales de la H: ¿se hicieron antes o después?

—¿Qué cambia eso? —preguntó Bourlin.

—Y si el trazo oblicuo —prosiguió Adamsberg— fue trazado de abajo arriba o de arriba abajo.

—Por supuesto —confirmó Danglard.

—El trazo oblicuo sugiere un rayado —siguió Adamsberg—. Es lo que hacemos cuando tachamos algo. Siempre y cuando se trace de abajo arriba, con firmeza. Si la sonrisa ha sido dibujada antes, entonces ha sido tachada después.

—¿Qué sonrisa?

—Quiero decir el trazo convexo. En forma de sonrisa.

—El trazo cóncavo —rectificó Danglard.

—Como prefiera. Este trazo, aislado, recuerda una sonrisa.

—Una sonrisa que se habría querido suprimir —sugirió Bourlin.

—Algo así. En cuanto a las barras verticales, podrían enmarcar la sonrisa, a modo de cara simplificada.

—Muy simplificada —dijo Bourlin—. Traído por los pelos.

—Demasiado traído por pelos —confirmó Adamsberg—. Pero tenlo en cuenta de todas maneras. ¿En qué orden se escribe este carácter en cirílico, Danglard?

—Las dos barras primero, luego el trazo oblicuo, luego la cúpula encima. Como cuando añadimos los acentos al final.

—Entonces, si la cúpula ha sido trazada antes, no se trata de un carácter cirílico fallido —acotó Bourlin—, por lo que no perdamos tiempo en buscar un ruso en sus agendas.

—O un macedonio. O un serbio —añadió Danglard.

Entristecido por su fracaso a la hora de descifrar el signo, ya en la calle, Danglard seguía a sus colegas arrastrando los pies, mientras Bourlin daba órdenes por el teléfono. De hecho, Danglard andaba siempre arrastrando los pies, lo cual desgastaba sus suelas a gran velocidad. Y como el comandante se esmeraba en lucir una elegancia muy británica, a falta de poder contar con algún tipo de belleza, renovar sus zapatos londinenses constituía un serio problema. Cualquier viajero que tuviera que cruzar el canal de la Mancha tenía el encargo de traerle un par.

El cabo, impresionado por el conocimiento sobre la materia de Danglard, avanzaba ahora dócilmente a su lado. Había adquirido «algo de pátina», habría dicho Bourlin.

Los cuatro hombres se separaron en la plaza de la Convention.

—Llamaré en cuanto tenga los resultados —dijo Bourlin—, no llevará mucho tiempo. Gracias por echarme una mano, pero creo que tendré que archivar el caso esta noche.

—Ya que no entendemos nada —dijo Adamsberg con un leve

gesto de la mano—, podemos decir lo que queramos. A mí, eso me sugiere una guillotina.

Bourlin miró un instante cómo sus colegas se alejaban.

—No te preocupes —dijo al cabo—. Es Adamsberg.

Como si esta frase bastara para esclarecer el enigma.

—Hay que ver, ¿qué tendrá en la cabeza el comandante Danglard para saber tantas cosas? —opinó el cabo.

—Vino blanco.

Bourlin telefoneó a Adamsberg menos de dos horas después: las dos barras verticales habían sido trazadas en primer lugar, la izquierda primero, la derecha después.

—O sea, igual que se empieza una H —prosiguió—. Pero después, la mujer dibujó el trazo cóncavo.

—O sea, no como una H.

—Y tampoco como en cirílico. Lástima, eso me gustaba bastante. Luego añadió el trazo oblicuo, que fue hecho de abajo arriba.

—Tachó la sonrisa.

—Exacto. Por lo tanto, no tenemos nada, Adamsberg. Ni una inicial, ni algo en ruso. Solo una sigla desconocida que se dirige a un grupo de desconocidos.

—Grupo de desconocidos a quienes ella acusa de su suicidio, o a quienes quiere avisar de un peligro.

—O bien —propuso Bourlin— se suicida, efectivamente, porque está enferma. Pero antes, señala algo o a alguien, un acontecimiento de su vida. Una última confesión antes de dejar este mundo.

—Y ¿cuál es el tipo de confesión que solo se hace en el último instante?

—Un secreto inconfesable.

—¿Por ejemplo?

—¿Hijos secretos?

—O un pecado, Bourlin. O un asesinato. ¿Qué es lo que la buena señora podría haber cometido?

—Yo no diría «buena». Autoritaria, temperamento enérgico, incluso tiránico. No muy simpática.

—¿Tuvo problemas con sus antiguos alumnos? ¿Con el Ministerio de Educación?

—Era muy valorada, nunca la trasladaron. Cuarenta años en el mismo colegio, en una zona conflictiva. Pero según sus colegas, los chavales, incluso los más duros, no se atrevían a decir ni mu durante sus clases, iban como la seda. Ya te puedes imaginar cómo

la apreciaban los directores, como un santo icono. Bastaba con que asomara por la puerta de una clase para que el jaleo cesara instantáneamente. Sus castigos eran temidos.

—¿Castigos corporales, por un casual?

—Aparentemente, nada de eso.

—¿Qué si no? ¿Copiar un trabajo trescientas veces?

—Tampoco —dijo Bourlin—. El castigo era que dejara de quererlos. Porque los quería, a sus alumnos. Era esa la amenaza: perder su amor. Muchos iban a verla después de clase, con cualquier pretexto. Para que te hagas una idea de la fuerza de esa tipa, había conseguido que un pequeño chantajista, no se sabe cómo, acabase entregándole a toda su banda en una hora. Así era la mujer.

—Cortante, ¿eh?

—¿Piensas otra vez en la guillotina?

—No, pienso en la carta perdida. En el joven desconocido. Uno de sus antiguos alumnos, quizá.

—En cuyo caso, ¿el signo tendría que ver con el alumno? ¿Un signo de clan? ¿De banda? No me fastidies, Adamsberg, tengo que archivar el caso esta noche.

—Pues da largas. Atrásalo aunque sea un día. Explica que trabajas con el cirílico. Y sobre todo, no digas que esto ha salido de aquí.

—¿Por qué atrasarlo? ¿Se te ha ocurrido algo?

—Nada. Me gustaría reflexionar un poco.

Bourlin suspiró descorazonado. Conocía a Adamsberg desde hace tanto como para saber que «reflexionar» no tenía ningún sentido tratándose de él. Adamsberg no reflexionaba; no se sentaba a solas en una mesa, lápiz en mano; no se concentraba delante de una ventana; no recapitulaba los hechos en una pizarra, con flechas y cifras; no apoyaba la barbilla en el puño. Él se paseaba, andaba sin hacer ruido, fluctuaba entre los despachos, comentaba, recorría a paso lento el terreno, pero nunca nadie lo había visto reflexionar. Parecía ir como un pez a la deriva. No, un pez no deriva, un pez sigue un objetivo. Adamsberg recordaba más bien a una esponja llevada por las corrientes. Pero ¿qué corrientes? Por lo demás, algunos decían que, cuando su mirada parda y vaga se perdía todavía más, era como si tuviera algas en los ojos. Pertenecía más al mar que a la tierra.

V

Marie-France se sobresaltó al leer la sección necrológica. Llevaba retraso, varios días por recuperar, es decir, decenas y decenas de muertos a los que pasar revista. No era que ese ritual cotidiano le procurase una satisfacción morbosa. Pero —y resultaba terrible decirlo, pensó de nuevo— estaba pendiente del fallecimiento de su prima hermana, quien antaño le había cogido afecto. En ese sector acaudalado de la familia, se publicaba una esquila en caso de fallecimiento. Así era como se había enterado de la muerte de otros dos primos y del marido de la prima. Quien, por lo tanto, había quedado sola y rica —dado que su marido, curiosamente, había hecho fortuna con el comercio de globos hinchables— y Marie-France se preguntaba continuamente si el maná de la prima tenía alguna posibilidad de caerle encima. Había hecho cálculos sobre este maná. ¿A cuánto podía ascender? ¿Cincuenta mil? ¿Un millón? ¿Más? Una vez deducidos los impuestos, ¿cuánto le quedaría? ¿Se le ocurriría a su prima nombrarla heredera? ¿Y si lo donaba todo a la protección de los orangutanes? Los orangutanes habían sido una de sus manías; y eso, Marie-France lo comprendía perfectamente. Estaba dispuesta a compartir con ellos, pobrecillos. No te embales, hija, límitate a leer las esquelas. La prima rondaba los noventa y dos años, la cosa no podía tardar mucho, ¿no? Y eso que en la familia se producían centenarios a patadas, igual que otros fabrican niños a troche y moche. En su casa, lo que se fabricaba a troche y moche eran viejos. Hay que decir que no daban un palo al agua, y eso conserva, opinaba. Pero la prima había recorrido medio mundo: Java, Borneo y todas esas islas terroríficas —por lo de los orangutanes—; y eso, en cambio, desgasta. Reanudó su lectura, por orden cronológico.

*Sus primos, Regis Rémond y Martin Druot,
sus amigos y sus colegas tienen el dolor de anunciarles
el fallecimiento de la*

*Señora Alice Clarisse Henriette Gauthier,
de soltera Vermond,*

*a los sesenta y seis años, tras una larga enfermedad.
El levantamiento del cuerpo tendrá lugar
en el 33 bis de la calle...*

En el 33 bis. Volvió a oír a la enfermera gritando: «La señora Gauthier, del 33 bis...». Pobre mujer, ella le había salvado la vida —evitando que su cabeza chocara contra el suelo, ahora estaba convencida de ello—, pero no por mucho tiempo.

A menos que esa carta... Esa carta que había decidido mandar... ¿Y si había hecho mal? ¿Y si esa carta tan valiosa había desencadenado una catástrofe? ¿Y si esa era la razón por la que la enfermera se había opuesto tanto?

De todos modos, la carta habría salido, se consoló Marie-France sirviéndose otra taza de té. Es el destino.

No, no habría salido. La carta había volado con la caída. Reflexiona, hija, da siete vueltas a lo que piensas. ¿Y si la señora Gauthier, en el fondo, había cometido un... —¿como decía exactamente su antiguo jefe? Solo tenía esa palabra en la boca—... había cometido un *acto fallido*? Es decir, una cosa que no queremos hacer, pero que hacemos igualmente, por razones que están ocultas tras las razones. ¿Y si el temor de mandar su carta le hubiera causado ese vértigo... y la hubiera perdido por un *acto fallido*, renunciando a su idea en razón de las razones que están tras las razones?

Entonces, en ese caso, el destino era ella. Ella, Marie-France, que había tomado la decisión de llevar a cabo la intención de la anciana. Y eso que le había dado vueltas a su pensamiento, ni demasiado ni demasiado poco, antes de ir al buzón.

Olvídalo, nunca sabrás nada sobre este asunto. Y nada indica que la carta haya tenido consecuencias funestas. Son imaginaciones tuyas, hija, no sirven para nada.

Pero a la hora del almuerzo, Marie-France seguía sin olvidar, como lo demostraba el que no hubiera progresado en sus secciones

necrológicas, y seguía sin saber si la prima de los orangutanes había fallecido o no.

Se dirigió a la tienda de juguetes donde trabajaba a media jornada, con la mente nublada y el estómago dolorido. Y esto, hija, quiere decir que estás rumiando, y bien sabes la tabarra que papá te daba con eso.

No es que no se hubiera fijado nunca en la comisaría que había en su camino —pasaba por delante seis días por semana—, pero esa vez le pareció, de repente, como un punto de luz, un faro en la noche. Un faro en la noche, eso también era de su padre. «Pero lo malo del faro», añadía, «es que su luz es intermitente. Así que tu proyecto viene y va continuamente. Y encima, se apaga al llegar el día». Pues bien, era de día y la comisaría relucía igualmente, como un faro en la noche. Prueba de que se podía aportar alguna modificación a las biblias paternas, con perdón y sin ánimo de ofender.

Entró temerosa, vio al tipo taciturno de la recepción y, más allá, a una mujer muy alta y muy gorda que le dio miedo, y a un señor bajito y rubio, anodino, que no le transmitió ninguna impresión reseñable; más lejos, un hombre que parecía un viejo pajarraco desplumado posado en su nido, esperando una nidada que no acababa de llegar; allí un tipo leyendo —y Marie-France tenía buena vista— una revista sobre peces, un gatazo blanco durmiendo encima de una fotocopidora, un cachas que parecía dispuesto a destripar el mundo..., y estuvo a punto de dar media vuelta e irse. Ah, no, pensó recobrando su entereza, es porque la luz del faro es intermitente, claro, y ahora está apagado. Un tipo ventrudo, muy elegante pero sin silueta, pasó arrastrando los pies y le lanzó una mirada azul y precisa.

—¿Busca algo? —preguntó con una dicción perfecta—. Aquí no registramos denuncias por robos, agresiones y demás, señora. Se encuentra usted en la Brigada Criminal. Homicidios o asesinatos.

—¿Hay diferencia? —preguntó ella con tono ansioso.

—Mucha —dijo el hombre inclinándose ligeramente hacia ella, como en un saludo efectuado el siglo pasado—. Un asesinato es premeditado. Un homicidio puede ser involuntario.

—Entonces sí, vengo por un posible homicidio, no voluntario.

—¿Va a poner una denuncia, señora?

—Pues verá, no. Puede que haya sido yo la autora del homicidio, sin querer.

—¿Ha habido una pelea?

—No, comisario.

—Comandante. Comandante Adrien Danglard. A su entera disposición.

Hacía mucho tiempo que no le hablaban con tanta deferencia y cortesía, o quizá nunca le había ocurrido. El tipo no era guapo —parecía desarticulado, digamos, en su opinión—, pero Dios mío, sus agradables palabras podían con todo. El faro volvía a encenderse.

—Comandante —dijo Marie-France con voz más segura—, temo haber enviado una carta que ha causado una muerte.

—¿Una carta que contenía amenazas? ¿Odio? ¿Venganza?

—Ah, no, comandante. —Y le gustaba pronunciar esa palabra, que parecía darle importancia a ella misma—. No tengo ni idea.

—¿Ni idea de qué, señora?

—De lo que había dentro.

—Pero dice haberla enviado, ¿no es así?

—Desde luego que la he enviado. Pero antes, me lo pensé muy bien. Ni demasiado, ni demasiado poco.

—¿Y por qué la envié? Porque la envié, ¿verdad? Si no era suya...

El faro se había apagado.

—Pues porque la recogí del suelo, y luego la señora se murió.

—Entonces echó usted al buzón una carta para hacer un favor a una amiga, ¿es eso?

—En absoluto. No conocía de nada a esa señora. Acababa de salvarle la vida. Que no es moco de pavo.

—Al contrario, es algo inmenso —confirmó Danglard.

¿No había dicho Bourlin que Alice Gauthier había salido a echar una carta que había desaparecido?

Se enderezó cuan largo era, cuanto pudo. En realidad, el comandante era alto; mucho más que el bajito comisario Adamsberg, pero nadie se daba realmente cuenta de ello.

—Inmenso —repitió, atento al desasosiego de la mujer del abrigo rojo.

El faro volvía a encenderse.

—Pero luego se murió —dijo Marie-France—. Lo he leído en una esquila esta mañana. Leo la sección necrológica de vez en cuando —explicó precipitadamente—, no sea que se me pase el entierro de algún familiar, de algún antiguo amigo, ¿comprende?

—Es una atención que la honra.

Y Marie-France se sintió más animada. Experimentó una especie de afecto por ese hombre que la comprendía tan bien y que la lavaba tan prestamente de sus pecados.

— Así que leí que Alice Gauthier, del 33 bis, había muerto. Y era su carta la que había echado al buzón. Dios mío, comandante, ¿y si lo hubiera desencadenado todo? Y eso que había dado siete vueltas a mi pensamiento, ni una más.

Danglard se estremeció al oír el nombre de Alice Gauthier. A su edad, estremecerse se había convertido en algo tan excepcional, y su curiosidad por los pequeños acontecimientos de la vida se agotaba tan rápido, que sintió gratitud hacia la mujer del abrigo rojo.

— ¿En qué fecha envió usted esa carta?

— Pues el viernes anterior, cuando se encontró mal en la calle.

Danglard hizo un gesto rápido.

— Le ruego que me acompañe a ver al comisario Adamsberg — dijo dirigiéndola por los hombros, como si temiera que los elementos desconocidos que contenía se pudieran esparcir por el camino como una vasija rota que dejara escapar su contenido.

Subyugada, Marie-France se dejó guiar. Iba al despacho del gran jefe. Y su apellido — Adamsberg — no le era desconocido.

Se sintió decepcionada cuando el cortés comandante abrió la puerta del despacho del director. Reposaba allí un ser soñoliento que llevaba una chaqueta de tela negra descolorida sobre una camiseta también negra y apoyaba los pies encima de la mesa; nada que ver con la cortesía mundana del que la había recibido.

El faro se apagaba.

— Comisario, la señora dice haber echado al buzón la carta de Alice Gauthier. Me ha parecido importante que la escuche.

Aunque Marie-France lo creía a punto de quedarse dormido, el comisario abrió los ojos rápidamente y se incorporó. La mujer avanzó, con cierto fastidio, descontenta de tener que dejar al amable comandante por ese tipo tan inconsistente.

— ¿Es usted el director? — preguntó despechada.

— Soy el comisario — contestó Adamsberg sonriente, tan acostumbrado como indiferente a las miradas a menudo desconcertadas de los demás. Con un gesto, la invitó a sentarse frente a él.

«No creas nunca en la autoridad de las autoridades», decía papá, «son lo peor». En realidad añadía: «Unos hijos de puta». Marie-France se cerró en banda. Consciente de su retracción, Adamsberg indicó a Danglard que tomara asiento a su lado. Y en efecto, solo a petición del comandante empezó a hablar Marie-France.

— Había ido al dentista. El distrito 15 no es mi barrio. Ocurrió como ocurren estas cosas, ella iba con su andador, se mareó y se

cayó. La sujeté en mis brazos, y gracias a eso no se dio con la cabeza en la acera.

—Muy buen reflejo —dijo Adamsberg.

Ni siquiera un «señora», como habría dicho el comandante. Ni siquiera un «inmenso». Solo una expresión banal de poli y, ojo, que a ella no le gustaban los polis. El otro era un *gentleman* —un *gentleman* extraviado, eso sí—; pero este, el jefe, era un poli sin más, y en un par de minutos iba a acusarla. Vas a la poli, y luego resulta que eres culpable.

Faro apagado.

Adamsberg echó de nuevo una mirada a Danglard. Ni hablar de pedirle los documentos de identidad, como se suele hacer en un procedimiento normal. Si lo hicieran, la perderían.

—La señora se encontraba allí de milagro —insistió el comandante— y la salvó de un choque que habría sido fatal.

—El destino la había puesto a usted en su camino —completó Adamsberg.

Sin «señora», pero no dejaba de ser un cumplido. Marie-France levantó hacia él la mitad de su cara antipoli.

—¿Le apetece un café?

No hubo contestación. Danglard se levantó y, a espaldas de Marie-France, pronunció callado «Se-ño-ra», en tres sílabas muy claras.

El comisario asintió.

—Señora —insistió—, ¿desea usted un café?

Tras un signo de cabeza apenas aquiescente de la mujer de rojo, Danglard se dirigió hacia la máquina. Por lo que parecía, Adamsberg había entendido el asunto. Había que tranquilizar a esa mujer, honrarla, alimentar su narcisismo desfalleciente. Había que controlar la manera de hablar del comisario, demasiado suelta, demasiado natural. Pero Adamsberg era así, natural, había nacido así, brotado directamente de un árbol, o del agua o de una roca. Había brotado de las montañas de los Pirineos.

Una vez servido el café —en tazas, y no en vasos de plástico—, el comandante retomó las riendas de la conversación.

—Así que la sujetó cuando se estaba cayendo —dijo.

—Sí, y su enfermera acudió enseguida a socorrerla. Gritaba, juraba que la señora Gauthier se había negado en rotundo a que la acompañara. La farmacéutica tomó las riendas de la situación y yo recogí todas las cosas que se habían caído de su bolso. ¿A quién se le habría ocurrido hacerlo? Los de emergencias nunca piensan en estas cosas. Y eso que en el bolso llevamos toda nuestra vida.

—Es cierto —la alentó Adamsberg—. Los hombres metemos todo eso en los bolsillos. Entonces, ¿recogió usted una carta?

—Seguro que la llevaba en la mano izquierda, porque había caído del otro lado del bolso.

—Es usted muy observadora, señora —dijo Adamsberg con una sonrisa.

La sonrisa le sentaba bien. Era delicada. Y además, Marie-France notaba que interesaba al director.

—El problema es que no me di cuenta enseguida. Fue después, camino del metro, cuando la encontré en el bolsillo de mi abrigo. No se vaya a creer que le birlé la carta, ¿eh?

—Son gestos que se hacen sin darnos cuenta—dijo Danglard.

—Eso es, por descuido. Vi el remite, Alice Gauthier, y comprendí que era su carta. Entonces me lo pensé bien, siete veces, ni una más.

—Siete veces —repitió Adamsberg.

¿Cómo se podían contar los pensamientos?

—No cinco, ni veinte. Mi padre decía que hay que dar siete vueltas a lo que uno piensa antes de actuar. Menos no, de lo contrario se hacen tonterías. Pero sobre todo no más, si no se queda uno dando vueltas sin parar. Y de tanta vuelta, uno acaba hundiéndose en el suelo como un tornillo. Y que después ya no hay quien lo mueva de allí. Entonces pensé, la señora había querido salir sola para echar la carta. O sea que debía de ser importante, ¿no?

—Mucho.

—Eso es lo que deduje —dijo Marie-France con más aplomo—. Y lo comprobé otra vez, era su carta. Había escrito su nombre muy grande en la parte de atrás del sobre. Primero pensé en devolvérsela, pero se la habían llevado al hospital, ¿y a cuál? No tenía la menor idea, los bomberos ni siquiera me habían dirigido la palabra, ni me habían preguntado cómo me llamaba, ni nada. Después pensé que lo mejor era llevarla al 33 bis, la enfermera había dicho dónde vivía. Iba por la quinta vuelta de pensamiento. ¡Ni hablar!, me dije a mí misma, puesto que la señora se había negado a que la acompañara la enfermera. Puede que desconfiara, qué sé yo. Entonces, a la séptima vuelta, sopesados los pros y los contras, decidí terminar lo que la pobre señora no había podido hacer. Y eché la carta al buzón.

—Y por casualidad, ¿se fijó usted en la dirección, señora? —preguntó Adamsberg con un ápice de inquietud.

Al fin y al cabo, era muy posible que esta mujer tan llena de

precauciones y atormentada por la buena conciencia, se hubiera negado, por discreción, a leer el nombre del destinatario.

—Sí, ya lo creo. Examiné tanto esa carta... Como estaba reflexionando, ¿sabe...? Además, tenía que conocer la dirección para elegir la boca del buzón: «París», u «Otros destinos». No hay que equivocarse, eso no, o la carta se pierde. Comprobé y recomprobé: el 78, en Yvelines, y la eché. Y después me enteré de que la pobre señora había muerto; tengo miedo de haber cometido un tremendo error. A saber si la carta desencadenó algo. Algo que la hubiera matado. ¿Sería un homicidio involuntario? ¿Sabe usted de qué ha muerto?

—Llegaremos a eso, señora —dijo Danglard—, pero su ayuda nos es muy valiosa. De no ser por usted, cualquier otra persona podría haber olvidado la carta y no haber venido nunca a vernos. Pero, aparte del 78, en Yvelines, ¿vio usted el nombre del destinatario? ¿Y lo recuerda, por casualidad?

—De casualidad, nada. Tengo muy buena memoria: señor Amédée Masfauré, Haras de la Madeleine, Route de la Bigarde, 78491, Sombrevert. Tenía que echarla en la boca de «Otros destinos», ¿no?

Adamsberg se levantó con los brazos abiertos.

—Magnífico —dijo acercándose a ella y sacudiéndola por los hombros con cierta familiaridad.

Ella atribuyó este gesto fuera de lugar a la satisfacción y se sintió feliz también. Es lo que se dice un buen día, hija.

—Pero lo que yo quiero saber —dijo recobrando la gravedad— es si mi gesto ha desencadenado la muerte de la pobre señora, de rebote o algo así. Comprenderá que es algo que me preocupa. Y me doy cuenta de que, si la policía está interesada, será que no murió en su cama, ¿me equivoco?

—Usted no es responsable de nada, señora, tiene mi palabra. La mejor prueba es que la carta habrá llegado el lunes, o el martes a más tardar. Y que la señora Gauthier falleció el martes por la noche. Y que no recibió ningún correo, ninguna visita, ninguna llamada en todo ese tiempo.

Mientras Marie-France, muy aliviada, respiraba profundamente, Adamsberg miró de reojo a Danglard: *Le vamos a mentir*. No decimos nada del visitante del lunes y del martes. Le mentimos, no vamos a amargarle la vida.

—Entonces, ¿falleció de muerte natural?

—No, señora —dijo Adamsberg, vacilante—. Se suicidó.

Marie-France gritó y Adamsberg posó sobre su hombro una mano, reconfortante esta vez.

—Pensamos que esta carta, que creíamos desaparecida, contenía las últimas palabras que deseaba decir a un amigo querido. Así que no tiene nada que reprocharse, todo lo contrario.

Adamsberg no esperó a que Marie-France saliera de la sede de la Brigada —debidamente acompañada por Danglard— para llamar al comisario del distrito 15.

—¿Bourlin? Tengo a tu hombre. El destinatario de la carta de Alice Gauthier, Amédée algo, en Yvelines, no te preocupes, tengo la dirección completa.

No, decididamente, no tenía ninguna retentiva para las palabras. Marie-France lo superaba en eso con mucha diferencia.

—¿Y cómo lo has hecho? —preguntó Bourlin más animado.

—No he hecho nada. La mujer anónima que frenó la caída de Alice Gauthier recogió las cosas que se le habían caído al suelo y se metió la carta en el bolsillo sin darse cuenta. Lo mejor es que después de haber reflexionado un buen rato (siete veces, te ahorro los detalles), la echó al buzón. Y lo que es todavía mejor, había memorizado la dirección completa del destinatario. Me la soltó sin vacilar, como si tú me recitaras la fábula de La Fontaine *El cuervo y la zorra*.

—¿Y por qué iba yo a recitarte *El cuervo y la zorra*?

—¿No te la sabes?

—No. Aparte de «sois el fénix de todos los huéspedes del bosque». Incomprensible. Al final, siempre se acuerda uno mejor de lo que no entiende.

—Olvida el cuervo, Bourlin.

—Eres tú el que lo ha puesto sobre la mesa.

—Lo siento.

—Pásame la dirección del tipo.

—Te la leo: Amédée Masfauré, y no sé cómo se pronuncia. M-A-S-F-A-U-R-É.

—Amédée. Como el Dédé que oyó el vecino. Entonces vino en cuanto recibió la carta. Continúa.

—Haras de la Madeleine, Route de la Bigarde, 78491. Sombrevert. ¿Te vale?

—Me vale, salvo que tengo que archivar el caso esta noche. Al juez le ha puesto de mala leche lo del cirílico y solo he ganado un día. Así que salgo pitando con el coche y voy a ver a ese Amédée ahora mismo.

—¿Puedo acompañarte de incógnito con Danglard?

—¿Es por lo del signo?

—Sí.

—De acuerdo —dijo Bourlin tras un corto silencio—. Sé lo que es haber empezado un puzle y que no se te vaya de la cabeza. Una cosa, ¿por qué esa mujer ha ido verte a ti en lugar de presentarse en mi comisaría?

—Es cuestión de magnetismo, Bourlin.

—¿De verdad?

—De verdad, pasa todos los días delante de la comisaría. Y ha entrado.

—¿Y por qué no me la has mandado enseguida?

—Porque se había quedado prendada del encanto de Danglard.